

## RECORDANDO A MERCEDES PINTO

por Alicia Llarena

### 1. MERCEDES PINTO: LA LEVADURA AUTOBIOGRÁFICA.

Aunque Mercedes Pinto había iniciado su segunda novela, *Ella*, en Montevideo, fue en Santiago de Chile donde acabó de escribirla, y donde la publicaría finalmente, espoleada por sus amigos escritores y periodistas, que incitaron entonces la redacción de la obra. El contexto era propicio para el alumbramiento de la novela, porque la escritora canaria, a esas alturas, no sólo había logrado en el país el reconocimiento intelectual y literario, gracias a la reedición de su primera novela, y a su participación en la vida teatral y periodística de Chile, sino que había participado también, junto a algunas de las grandes mujeres de aquella época, en los movimientos feministas más célebres del país, en favor del sufragio femenino y del divorcio, como recordaría más tarde en los diarios de La Habana:



Alicia Llarena

*En Chile, culta y adelantada nación sudamericana, —donde no existe el divorcio pero sí la anulación, que cuesta muchísimo dinero...—, hay un artículo en el Código que dice así: “No tendrán derecho a voto ni a firmar documentos públicos, como escrituras, testamentos, etc., ni los niños, ni los imbéciles, ni las mujeres” ... Y las damas y escritoras feministas que me lo leían, inclinaban las cabezas, adoloridas de que en pleno siglo XX continúen conceptos que en ningún siglo debieron existir (...) Precisamente me leían este artículo escritoras de tantas altura, de tanto talento y fama continental, como Amanda Labarca, Inés Echevarría, Marta Brunet... Y yo como invitada por ellas para redactar juntas un proyecto de divorcio que se presentaría a las Cámaras, les dije sonriendo amargamente: “¡Vosotras, las ilustres mujeres de Chile, equiparadas con los imbéciles y, en cambio, pudiendo votar y mandar por lo tanto, los analfabetos y los inmorales que pueblan los suburbios de maleantes y conocen las cárceles!” ...*



Es lógico que, en aquellas horas de efervescencia cultural y feminista (el Chile de los años treinta) la personalidad de Mercedes encajara a la perfección, y suscitara todo tipo de intereses. Entre otras cosas, porque la escritora llegó al país precedida de la aureola intelectual que adquirió en Montevideo, y a lo largo de su gira por territorios de Sudamérica. Y sobre todo, porque ya contaba a esas alturas con una insólita biografía, capaz de convocar en cualquier ámbito una merecida autoridad y un solemne respeto. El suyo no era un discurso teórico, sino el destilado de una vida trágica, colmada de incidentes sociales y acciones políticas; sus palabras, por tanto, no hablaban desde un pedestal doctrinario o académico, sino inspiradas en la mujer que había sido, y dotadas de la audacia cotidiana que había

fundado su feminismo en la realidad, su pensamiento en la propia biografía, y su escritura en la materia imperecedera de una vida poco común. Sin duda que toda la obra de Mercedes Pinto está hecha con la sustancia de su historia personal, desde su primera novela (*Él*), hasta sus libros de versos (*Brisas del Teide*, *Cantos de muchos puertos*), sus famosas conferencias (*El divorcio como medida higiénica*), sus obras teatrales (*Un señor... cualquiera*) y su abundante prosa periodística; sin embargo, ningún texto como *Ella*, la novela publicada en Chile en 1934, consolida de forma tan explícita su natural tendencia a la autobiografía; y no sólo por el argumento –la relación de su vida hasta principios de los años veinte– sino porque en este relato la escritora ya no se esconde en el sujeto lírico de un poema, ni en los actores que interpretan sus personajes, ni en el fingido anonimato de las páginas de *Él*. Al contrario, se manifiesta abiertamente, sin necesidad de los disfraces que, por requerimientos formales, o por los imperativos ideológicos del momento, había utilizado hasta la fecha.

La verdad es que Mercedes ya no necesitaba disfrazarse a esas alturas. Había expuesto su intimidad y su pensamiento ante concurridos auditorios de España y Sudamérica, había convertido su historia en el motor de su rebelde y público feminismo y, sobre todo, había entendido desde el principio que nada resulta tan instructivo y conmovedor como el relato de la vida misma. Por eso el pensamiento de Mercedes antes que metafísico es sociológico, profundamente arraigado en la vida diaria, y tiene su epicentro en las complejas relaciones humanas, el tema fundamental de toda su obra. Sus conferencias y artículos periodísticos están llenos de mundo, contaminados de anécdota y de calle. Hablan de seres cotidianos –hombres y mujeres atezados por la educación y los prejuicios–, y de conflictos y asuntos habituales. Su propio “consultorio espiritual”, que tanta celebridad le otorgó en Hispanoamérica, bajo el seudónimo de “Sor Suplicio”, no es más que la popularización de esta fórmula reflexiva, que quiere solucionar de modo práctico los problemas de la más inmediata realidad. Y su obra literaria, en definitiva, no es otra cosa que la respuesta personal de la escritora a la vida que a ella misma le tocó vivir, la memoria escrita de su propia biografía, una cuestión de identidad y supervivencia, como deja entrever cuando recuerda sus primeros versos en Santa Cruz de Tenerife. Desde esa época, frente a la intolerancia social tuvo siempre la plenitud de la poesía; frente al desamparo y la soledad, el consuelo de la escritura; frente al silencio impuesto por las tradiciones patriarcales, la patria del lenguaje, un territorio sin género, sin prejuicios ni rutinas, donde el ser puede expresarse con voz propia, tal como es. Por otra parte, si la obra de Mercedes tiende de un modo natural al autobiografismo, no será solo por su preocupación humanística, y su certeza de que no hay nada tan literario, tan a menudo épico o dramático, como la vida misma, sino porque en su propia existencia tuvo tiempo de comprobar hasta qué punto el ejercicio de vivir es a menudo el mejor de los relatos.

Hija de un reconocido y malogrado intelectual tinerfeño –Francisco María Pinto– Mercedes tuvo un contacto precoz con el mundo literario de las islas, y un privilegiado acceso a la cultura –aún con las limitaciones ideológicas de su clase social y de su género–: “yo escribí poesías y cuentos desde que tenía ocho años. Recuerdo que a los nueve años escribí una comedia en la que yo tenía que hacer nada menos que tres personajes... uno de ellos era un viejo pastor para caracterizar el cual, imitando su blanca cabellera, tuve que deshacer el colchón de lana de mi cama blanda de niña mimada, con lo que me llevé después una buena reprimenda...”. Pero en realidad estos privilegios, unidos a su despierta inteligencia, su romanticismo idealista, y su rebeldía, resultaron una fatal combinación para una mujer de principios de siglo, que deseaba ser escritora, anhelaba el aplauso, soñaba con las luces del teatro y mostró desde su infancia un

aspiraciones, legítimas desde el punto de vista personal, chocarían de modo inevitable con una sociedad piadosa y provinciana, que se mostrará contraria a estas ilusiones, y más tarde intransigente con su tragedia personal. En este sentido, su matrimonio con Juan de Foronda y Cubilla resultará definitivo; primero, porque en él van a encarnarse todas las ataduras y restricciones que le estaban reservadas a una mujer de la época; y segundo, porque el enlace significó para la escritora una experiencia desgarradora, sobre la cual edificaría en adelante su vida artística y hasta su exilio.

La atormentada vida matrimonial no modera el espíritu rebelde de Mercedes, sino al contrario. Desprotegida por las leyes españolas, ante la evidente enfermedad mental de su esposo, la escritora tomará decisiones que en aquellas horas resultan excepcionales, sobre todo a raíz de su segundo viaje a la capital de España. En primer término, ya era socialmente asombroso que Mercedes Pinto decidiera quedarse en Madrid, acompañada de sus hijos, abandonando al marido; pero más lo sería su relación con el joven abogado toledano Rubén Rojo, y el nacimiento del primer hijo de ambos, en una España que aún no admitía el divorcio, y que por ello condenaba esta relación a la oscura categoría del adulterio. En medio de esta agitada etapa emocional, Mercedes demostró una valentía impropia de quien había sido educada para el conformismo y la mansedumbre, y lejos de esconderse, o de anular sus deseos y esperanzas, aumentó su vida pública en los círculos socioculturales del país. Fue así como, abanderando la causa feminista del divorcio, pronunció su famosa conferencia *El divorcio como medida higiénica*, el texto por el que habría de pagar, a la postre, el duro precio del exilio.

Cuando en 1924 Mercedes abandona España con dirección a Lisboa, para embarcar luego rumbo a Montevideo, bajo la amenaza del mismísimo dictador Primo de Rivera, ya esperaba el segundo hijo de Rubén Rojo, que nacería precisamente a bordo del barco, en aguas internacionales, cerca de Río de Janeiro. Llevaba en su equipaje su primer libro de versos, *Brisas del Teide*, publicado en Madrid, y su primera novela, *Él*, que se vio obligada a retirar de la imprenta, y que se publicaría en Montevideo dos años más tarde. Pero en su estado de buena esperanza, la tristeza dejó una huella imprevisible y dolorosa, la muerte de Juan Francisco, su hijo primogénito, el que había sido sensible confidente de todas sus tristezas, testigo de las horas terribles durante su primer matrimonio en Tenerife. La opinión de los médicos que atendieron al joven Juan Francisco en Portugal es estremecedora, tal como Mercedes la recuerda en uno de sus más íntimos artículos periodísticos: “opinaron que el niño había sufrido mucho últimamente y que su cerebro no había podido soportar las preocupaciones y que, dada la crítica edad —casi quince años— era muy difícil detener la violencia de un ataque cerebral que venía sobre una naturaleza abatida durante mucho tiempo por sufrimientos morales que el dramatismo de mi vida le habían ocasionado...”. El episodio es conmovedor, pero sobre todo terrible si pensamos que Lisboa sólo era una etapa transitoria del camino, y que Mercedes debía continuar el viaje, dejando tras de sí el único patrimonio luminoso que conservaba del pasado.

En Uruguay, el país que puso tiempo y distancia en las múltiples heridas de la escritora, y que le otorgaría confianza, popularidad y aplausos, la vida de Mercedes será distinta, pero no menos inaudita que hasta entonces. Apadrinada por los políticos e intelectuales más relevantes de aquella época, y “deslumbrada ante la cultura, la moral y el humanismo de aquel pueblo, pequeño en extensión pero inmenso en cualidades espirituales...”, allí expandirá sus dotes de escritora, de periodista, de oradora, de dramaturga, de socióloga, de consejera espiritual, de feminista, de educadora, de animadora, en fin, de la cultura uruguaya, en todas sus manifestaciones y niveles. Y allí también, sobre todo, será donde Mercedes Pinto puede expandirse a sí misma,

que habían sido clausuradas desde la infancia: “En mi casa estaba terminantemente prohibido asomarse a las ventanas bajas, considerando inmoral que los novios se hablasen por ellas (...) Todas las tardes mi madre cerraba concienzudamente las ventanas. Bajo los cristales, cerradas las persianas, sujetas las puertas de madera con fuerte tranca de hierro...”.

Cuando Mercedes decide abandonar Uruguay, en el apogeo de su éxito y su estabilidad profesional, la embarga sin duda su pasión por la vida. No desea estancarse en el país, donde la comodidad y la fama se le han hecho rutinarias. Desea, como anhelaría hasta su muerte, conocer mundo, y otras gentes, tratar con nuevos auditorios que estimularan también su pensamiento, reencontrarse, quizás, con ese espíritu isleño, que tan bien definió el escritor uruguayo Montiel Ballesteros:

*(...) sobre todas estas condiciones, Mercedes posee otra extraordinaria: su pasión por la vida, que desemboca en la aventura y su fibra dinámica que se encauza en la acción. Quizás todo ello sea el resultado de su raza compleja. Nacida en una tierra volcánica, ardiente y reseca, con un inmenso horizonte de océano azul, el del maravilloso Atlántico, (...) tenía que tener el fuego y el impulso, la tenacidad y la pasión, ser llama y ala.*

*Los hijos de sus islas son labriegos y son marinos. Raíz y proa. Trashumancia y salvaje adherencia. Por eso esta mujer vive consumiéndose en esta solicitud antagónica, en un dinamismo afiebrado, teniendo el arraigo fácil del cariño y la inestabilidad aventurera de los pájaros.*

Mercedes Pinto partirá de Uruguay en medio de una multitudinaria despedida popular, y para entonces ya ha cerrado algún capítulo importante de su historia. Ha despertado sin restricciones a la vida artística, ha logrado la estabilidad familiar, y lleva consigo las que acaso sean hoy, entre otros títulos, sus obras más llamativas: *Él*, publicada por La Casa del Estudiante, relato estremecedor y fragmentario de su primer matrimonio, y el borrador de su novela *Ella*, que no pudo culminar en Montevideo, y donde narrará su vida, de forma autobiográfica, hasta el encuentro en Madrid con Rubén Rojo. Han pasado los años y sabe también que en Tenerife ha muerto “Él”, Juan de Foronda, y que la vida y la escritura han vuelto a confabularse para cerrar un círculo entre ambas. Era, pues, el momento —así pensó nuestra escritora— de conocer y recorrer Hispanoamérica, antes de su regreso definitivo a España.

Pero la aventura de Mercedes en aquel continente no tuvo fin. Sus viajes por Argentina, Bolivia o Paraguay, su arraigo en Chile durante tres intensos años, las circunstancias políticas de España y su guerra civil especialmente, junto a la tragedia inesperada de su joven esposo, que murió en La Habana después de una larga y depresiva enfermedad, anclaron a la escritora en Hispanoamérica, y la condujeron finalmente a la Ciudad de México, donde hoy reposan sus restos, dignificados por los versos que le dedicó en su momento el poeta chileno Pablo Neruda. Durante todo ese tiempo, en medio del agitado itinerario de su existencia, de sus agónicos dramas personales, y hasta el final de su vida en la capital azteca, Mercedes Pinto siguió escribiendo, abanderando causas sociales, intimando con artistas y presidentes, poniendo su rebeldía y su pensamiento al servicio de los países donde vivió, y dotando de continuidad a su insólito y carismático personaje, el que la hizo célebre y popular, el que la convirtió en literatura, más allá incluso de su propia obra. Porque es obvio que la vida de Mercedes fue una vida literaria, y que al carácter novelesco y dramático de toda su existencia no le hicieron falta más oropeles, ni más ficciones, que las que había vivido en carne propia. La suya fue una vida excepcional, y lo fue en todos los sentidos: tuvo la errancia necesaria para saber del desarraigo, las muertes precisas

y tempranas (la de su padre, la de su hermana, la de su hijo, la de su esposo) para aceptar la sustancia imprevisible y dolorosa del destino; tuvo también los justos contratiempos y amargas para descubrir la medida de su fuerza y el valor de la rebeldía. En medio de la vida, su escritura es un reflejo perfecto de esta existencia atravesada de instantes asombrosos y episodios insólitos, de raras casualidades y de una extraña y contradictoria fatalidad, elementos inauditos que por esto mismo resultan casi inverosímiles, y provistos de una perturbadora capacidad narrativa, o de esa “levadura literaria”, como la describió Mercedes Pinto: “Siento, hermanita querida, que vas a pensar que hago literatura en mis cartas, pero es que las circunstancias son tal vez las que ponen de pronto en una vida vulgar levadura literaria. Tú conoces mi vida hasta que comenzó mi... novela ¡vamos!, ¿por qué no llamarla así?”. La escritora es consciente de la literariedad de su vida, y conoce desde hace tiempo las consecuencias de su relato; así lo expresará rotundamente una de las escenas de *Ella*, su novela de memorias, cuando la escritora recuerda sus confesiones con el párroco:

*Mi confesor actual es bueno. Me consuela con una amistad dulcísima y una comprensión extraordinaria. Nuestras conversaciones mañaneras a través de las rejas del confesionario me dejan alentada para todo el día, y espero que terminen todas las devotas para acercarme yo, con la seguridad de ser muy bien recibida.*

*Yo soy la novela, la aventura continuada y viviente, que llega a sacudir la modorra del buen sacerdote. Todas las devotas le contarán las mismas cosas, todas idénticas faltillas. Mi conversación es turbadora, porque es nueva, extraña y sutil, como el caso mismo que le da forma y es causa y motivo de su razón.*

## 2. MEMORIA DE LO NUESTRO

Si Mercedes es la novela, como ella dice, y si además su instinto sociológico, mundano y cosmopolita fue siempre más fuerte que cualquier atadura, incluidas las que exige la obra artística, es comprensible entender que su escritura tuvo la firme voluntad de ser directa, clara, transparente, cediendo el protagonismo a esa fuerza que surge de la difícil sinceridad testimonial. Es decir, que Mercedes no fue una escritora preocupada por la forma, ni escrupulosa en exceso con su estilo. De ahí, por ejemplo, que su personalidad romántica se ejercite en sus poemas empleando con abundancia el tono exclamativo, los signos de admiración, los puntos suspensivos, el aparato preciso, en fin, para sugerir a sus lectores, antes que nada, la intensidad desbordante de su vida emocional. Y que en sus novelas le interese la realidad del caso, y el potencial revolucionario del mensaje, por encima de otras revoluciones filológicas. Decía Cristóbal de Castro, en su prólogo al libro *Brisas del Teide*, que “Mercedes



tienen ocasión de pronunciarse con respecto a *Él*, enfatizan a menudo la crudeza de su lacónico realismo, y el impacto de su historia verídica y franca. Exponerse en aquellos tiempos, como lo hizo abiertamente nuestra escritora, requería de un temple poco habitual; no era fácil desvelar públicamente los secretos de una alcoba, ni el drama de la humillación matrimonial, ni esas miserias personales que guardamos celosamente ante los otros. Y desde este punto de vista, no cabe duda, el autobiografismo de Mercedes, extensible no sólo a sus obras literarias (también a sus conferencias, su periodismo, sus acciones culturales o políticas) tuvo en su época una fuerza excepcional. Los auditorios celebraban la llaneza y sinceridad de sus anécdotas; los lectores, la espontaneidad con que Mercedes ponía su vida al servicio de la igualdad entre los géneros, contribuyendo consigo mismo a la justicia social, y despertando una lógica conexión con el público. Lógica porque –no nos engañemos– ansiamos conocer la intimidad del otro para ver el reflejo de nuestra propia intimidad.

En esta larga vida itinerante, llena de acción, de fatalidad y de éxito, movida por el espíritu aventurero de Mercedes, y por la curiosa inquietud de su alma cosmopolita, la escritura fue el anclaje predilecto, el modo de poner orden en su tremenda memoria, casi igual que el patio de su infancia en Santa Cruz de Tenerife, el lugar a donde vuelve, una y otra vez, a buscar el sosiego y descansar sus recuerdos, siguiendo ese cordón umbilical que no rompió del todo con las islas:

*En el ascensor de un rascacielos de Buenos Aires; en las antesalas de las altas casas de Madrid; en las estrechas o anchas habitaciones de un hotel de París, o de La Habana, me ha asaltado siempre, como chispa de apagado rescoldo, el recuerdo jubiloso de un patio... ¡De mi patio...! Y hoy quiero apuntar aquí lo persistente de mi caso. Ni el recuerdo de los momentos dichosos de mi vida, ni la memoria de mis padres; ni la rememoración de aplausos ni éxitos, juventud ni amores, produce en mi espíritu la impresión sedante de consuelo y de paz como el recuerdo del patio de la antigua casa de mi familia...*

*Mi existencia atravesada de accidentes novelescos, de torturas espirituales y amarguras de mar y de retama, encuentra en sus momentos culminantes, lo mismo que en las horas de tedio y aburrimiento, de aridez y de estrechos caminos, la nota clara y ardorosa de un patio de muros encalados, que recoge mi espíritu en fatiga... Y haciéndose el silencio dentro de mí, se alza el telón de los recuerdos y surgen cuatro muros blancos reverberando al sol; un aljibe moruno; un estanque donde piruetean peces blancos y rojos... Se plasma el recuerdo del enorme patio de la casa solariega en las islas lejanas, con sus piedras recubiertas de jazmines y madre selvas, y su palmera al centro como en recuerdo del desierto de donde llegó, con los arrayanes y limoneros haciendo guardia a su alrededor (...) Y en el patio una niña... Una chicuela que recoge sus libros y sus muñecas que quedaron tendidos junto al brocal. Una muchachita que antes de marcharse mira con recelo las sombras de las anchas hojas de los plátanos, por temor de que estuviesen escondidos los salvajes del libro de Julio Verne que ella leyó hoy... (...) ¡Qué feliz es entonces! Los juguetes le sirven para hacer sus novelas... Tiene perros y osos... ¡Puede ir al Polo Norte! ¡Sí, feliz... feliz...! ¡Y el patio torna un suave color rosa en el recuerdo puro de esta hora...! (...) Fue ella la que marchó... la que abandonó el patio y el jazminero y el brocal... ¡Marchó... se fue... voló...!*

*Pero el patio está allí, ciertamente que está, porque en los días grises de tormenta, y en los violentos de huracán, el alma se cierra de pronto como una puerta silenciosa y dura, y allá arriba, muy arriba, se abre un postigo pequeño ¡muy pequeño y olvidado! y por su cristal*

*ladrillos y columnas de hormigas llevándose en los hombros hojitas de jazmín... Y se queda el recuerdo dormido en el cristal ¡con ansias de que el tiempo pudiera retornar...!*

Para Mercedes, la infancia había sido realmente un paraíso. Así lo expresa a menudo y lo cristaliza en *Ella*, su novela más personal y autobiográfica. Y a pesar de que la isla fue también el escenario de su drama, y el lugar de tantas limitaciones, un lugar para el olvido, es realmente importante saber hasta qué punto su memoria es también una memoria de lo nuestro. Lo dicen sus poemas, que eternizaron su casa y su familia; lo dicen sus novelas, que han hecho perenne la vida de entonces; lo dicen sus artículos periodísticos, donde hay tantas anécdotas de las islas; lo dijeron sus charlas y sus famosas conferencias, donde rememora a menudo su pasado y celebra la bonanza de esta geografía. Hay mucho de este archipiélago en la obra y el pensamiento de Mercedes, y habrá que irlo desentrañando, prestando atención a sus cuadros de costumbres, tan espontáneos, a sus descripciones detallistas y sensuales del paisaje insular, a sus inevitables recuerdos de La Laguna, de Santa Cruz de Tenerife, de Tacoronte o de Agaete.

Quizás por esa alianza indeleble con Canarias, hoy se antojan más significativas las palabras de Francisco María Pinto, el padre de Mercedes, cuando en su obra ensayística distingue, como bien ha señalado Martínón, “entre los autores que tienen de canarios sólo el haber nacido en las Islas y los que han quedado vital y culturalmente vinculados a la historia insular”. Porque de esa última especie fue su hija, que convirtió esta región en un motivo permanente de su obra, y que hasta los últimos días de su vida nos tuvo en su memoria y su escritura, a pesar del exilio y la distancia.



Notas

Marta Brunet (1897-1967), conocida narradora y diplomática chilena, fue la segunda mujer que obtuvo el Premio Nacional de Literatura (1961), después de Gabriela Mistral.

Amanda Pinto Sepúlveda, más conocida como Amanda Labarca, (1886-1975) estudió pedagogía en Chile, y amplió conocimientos en Columbia (Nueva York) y La Sorbona (París). Entre sus muchas actividades y distinciones, fue la primera mujer académica de la Universidad de Chile, Directora General de Educación Secundaria, miembro de número de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, embajadora de Chile en la ONU, autora de numerosas publicaciones sobre educación, y líder del feminismo chileno (vicepresidenta de la Asociación de Mujeres Universitarias, participó en la fundación del Comité Nacional pro Derechos de la Mujer, en la aprobación de la ley de sufragio femenino, y fundó la Liga Cívica Femenina y la Confederación de Organizaciones Femeninas).

Mercedes Pinto, "La mujer moderna", Carteles, La Habana, 13 de diciembre de 1936.

Declaraciones de Mercedes Pinto en entrevista concedida a El Diario de La Paz, el 9 de julio de 1932.

Mercedes Pinto, "Luces y sombras", Ventanas de Colores (Ed. e introducción de A. Llarena, Cabildo de Gran Canaria-Instituto Canario de la Mujer, 2001).

La salud del primogénito ya era precaria antes de su llegada a Lisboa, como me explicó su hermana Pituka de Foronda. A ella debo también el acceso a una carta familiar dirigida a Juan Francisco, cuando la familia aún estaba en Madrid, en la que puede leerse lo siguiente: "Príncipe mío muy querido: contesto tu grata del 7 del corriente: creo que sigues bien lo que celebro, pero no por eso dejes de cuidarte mucho y ponerte las inyecciones, y hacer todo lo que los médicos te receten y tu madre te diga, para que pronto me des la alegría de decirme que ya estás completamente bueno y muy grueso..."

"Sarandí", Ventanas de Colores, ed. cit..

Mercedes Pinto, Ella, Madrid, Biblioteca Nueva, 1969, pp. 136-163.

Montiel Ballesteros, en FIR, Mercedes Pinto. De su vida y de su obra, Santiago de Chile, Imprenta Selecta San Francisco, 1933. pp. 20-24.

Mercedes Pinto, "Fragmentos de "un hombre"", Carteles, La Habana, 6 de septiembre de 1936.

Mercedes Pinto, Ella, ed. cit., p. 315

Cristóbal de Castro, "Mercedes Pinto y "El dulce mal", Prólogo a Brisas del Teide, Madrid, Pueyo, 1924, p. 5

Mercedes Pinto, "Mi patio", Ventanas de Colores, ed. cit..

Miguel Martínón, "Francisco María Pinto en su obra ensayística", Estudios Canarios, 42, (1998), p. 121.

### Alicia Llarena (Mogán, Gran Canaria. 1964)

Es Catedrática de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Entre sus libros destacan *Poesía cubana de los años 80*, *Yo soy la novela. Vida y obra de Mercedes Pinto*, *Infortunios de Alonso Ramírez*, *de Carlos de Sigüenza y Góngora*, *Espacio, Identidad y Literatura en Hispanoamérica*, y *Realismo Mágico y Lo Real Maravilloso: una cuestión de verosimilitud*, considerado como el estudio monográfico más reconocido sobre el tema en el ámbito universitario hispánico.

Invitada por distintas Universidades de Europa, América Latina y USA, donde ha impartido conferencias, seminarios y cursos de doctorado, ha enfocado sus líneas de investigación en la escritura magicorrealista, el espacio literario y la literatura femenina en Hispanoamérica, así como en autores de su propia tradición: la literatura canaria.

Combina la actividad académica con la creación literaria, ámbito en el que ha publicado el volumen de relatos *Impresiones de un arquero* (Islas Canarias, 1991) y el libro de poemas *Fauna para el olvido* (Madrid, 1997), Premio Internacional de Poesía Santa Cruz de La Palma de 1995.